**REVISTA DE LIBROS**

Domingo 1 de Septiembre de 2013

El gordo Granola, Terminator chileno

 El diablo en Punitaqui es el debut literario de José Miguel Martínez (1986) y por lo general estamos ante un comienzo auspicioso, atractivo, que revela talento; no obstante, el libro también puede ser problemático y, sobre todo, un tanto repetitivo. Desde hace tiempo, la mayoría de los escritores chilenos dan sus primeros pasos en el cuento y Martínez no es la excepción. El diablo... contiene doce relatos cortos, de buena factura, estilo claro, una anécdota central bien delineada, a veces genuina tensión, escasos personajes con rasgos definidos -una de las reglas de oro del género breve- e intrigas directas, fáciles de comprender. En otras palabras, el joven autor va derecho al grano, no se anda por las ramas y si a veces el resultado es poco satisfactorio, ello quizá sea inevitable en un trabajo inaugural que, a primera vista, tampoco parece ambicioso. Esto último, aunado con la sencillez expresiva, es más refrescante y meritorio de lo que pudiera pensarse: nuestros prosistas se toman demasiado en serio y suelen oscilar entre el experimentalismo desaforado o la copia de fórmulas gastadas.

Dicho lo anterior, El diablo... presenta una composición más cercana a una novela dividida en distintos capítulos interrelacionados o tal vez sea el mismo cuento distinto, narrado desde perspectivas levemente dispares. Al cerrar el volumen, queda flotando una sensación de indiferenciación, de que cada anécdota es muy similar a la que le precede o viene a continuación, en suma, que buena parte de estos episodios son intercambiables. Este rasgo no es negativo per se y el propio Martínez debe ser consciente de ello: no puede ser casualidad que insista en determinados escenarios, en situaciones semejantes y en dos protagonistas que participan en casi todas las historias.

Ellos son el gordo Granola y el señor Cavagnaro. El primero irrumpe con fuerza en "Ajuste de cuentas", la primera pieza, que transcurre en Bolivia; el Chiri se niega a revelar el paradero de Mandíbula, un agente de viajes que finalmente es torturado y descuartizado ante los ojos del Chiri, a quien le espera un destino aún más siniestro. Las razones para actuar de tal modo son algo primitivas -el Chiri le hizo un hijo a la hermana de Granola-, aunque, por lo visto, entre ese tipo de individuos el honor ultrajado da lugar a sanguinarias venganzas. En "Beso la botella" Granola ajusticia, mediante fractura y ahorcamiento, a un sujeto, para después escribir a su pareja una nota de suicidio a nombre de la víctima. Más adelante, en "Leopoldo (sus sueños)", demuestra su versatilidad al encargar a un desconocido el transporte de una caja cerrada a Ollagüe, localidad situada en la frontera de Chile y Bolivia. Indudablemente, los desmembramientos, despedazamientos y destrozos de cuerpos humanos son su especialidad: "¿Aló?, buenas tardes. Hablo de la habitación 501. Quisiera saber la hora exacta, dijo Granola, con la mano derecha sosteniendo el teléfono y con la izquierda el saco que contenía los restos de la mujer", corresponde a un pasaje de "En otra época".

El señor Cavagnaro hace su estreno en sociedad como un vecino distante e impenetrable de un pacífico condominio ("Sacarle la chucha al Sr. Cavagnaro"), que propina una brutal e injustificada golpiza al padre de un niño. Sin embargo, es un capo mafioso, ligado con siniestras organizaciones rusas que operan con total impunidad en el territorio nacional y Granola trabaja directamente a sus órdenes. "No hay tiempo" describe la huida de Granola y Carlo, hijo del gángster, porque al chico se le ocurrió matar a una prostituta porque sí, porque estaba de pésimo humor; la acción culmina en una balacera con efectos dignos de "Terminator" y prueba la increíble habilidad del gordo en el manejo de armas automáticas, su destreza para liquidar a unos cincuenta rufianes y su maquiavélica frialdad al deshacerse del molestoso Carlo. A estas alturas, es facilísimo adivinar que "Cuerpo repartido" trata exactamente sobre lo que el título indica: tres estudiantes que van al idílico lago Todos los Santos hacen dedo a una camioneta, el chofer se detiene, se suben y encuentran una mochila con despojos de personas, de la que se libran repartiéndolos en un bosque.

El diablo... es un libro menos macabro y más divertido de lo que las narraciones que resumimos podrían sugerir; Martínez tiene humor, una prosa liviana, sin pretensiones y una aproximación fresca en sus tramas. De manera que probablemente logre concebir una buena novela con más aventuras del simpático Granola.

El joven autor va derecho al grano, no se anda por las ramas y si a veces el resultado es poco satisfactorio, ello quizá sea inevitable en un trabajo inaugural que, a primera vista, tampoco parece ambicioso.

[http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={dcbd3846-5015-46ef-b500-27ece78243ae}](http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id=%7bdcbd3846-5015-46ef-b500-27ece78243ae%7d)